

La necesidad de honrar a padre y madre (20.12)

Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da (20.12).

Los jóvenes están en problemas hoy día. Hace algunos años, un informe de la Associated Press daba las siguientes estadísticas: Cada hora que pasa en los Estados Unidos, 40 jóvenes intentan suicidarse, 57 huyen de su hogar, 14 abortan y 685 consumen alguna clase de droga ilícita. Son muchas las complejas causas sociales que se podrían culpar por tan alarmantes sucesos, pero creo que las causas fundamentales de tales problemas son la falta de disciplina de parte de los padres y la desintegración del modelo de hogar que Dios ideó.

Algo ha fallado. Algo de la culpa, si no toda, debería recaer en adultos que les han permitido a sus hijos desobedecerlos a ellos y a las leyes de la tierra. Muchos de estos padres son hombres y mujeres bienintencionados que no se imaginan a sí mismos castigando a sus hijos. Sólo se imaginan a sí mismos protegiéndolos y amándolos. Al carecer de disciplina, estos hijos jamás aprenden el respeto a la autoridad que se resume en el quinto de los Diez Mandamientos: «Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da» (20.12).

Este mandamiento está claramente dirigido a los hijos, pero también lleva el propósito de que los padres lo entiendan. Ningún niño aprenderá a honrar a su madre y a su padre, a menos que se le enseñe a hacerlo. Este mandamiento establece, sin dejar duda alguna, una verdad primordial que le da solidez a la estructura de nuestra sociedad y cultura: *La obediencia y el respeto que resultan del verdadero amor de los padres, constituyen la piedra angular de la relación padre-hijo.* Tan grave es la desobediencia de un hijo a sus padres que, bajo la ley de Moisés, la pena para el desobediente era la lapidación: «El que hiriere a su padre o a su madre, morirá»; «Igualmente, el que maldijere a su padre o a su madre, morirá» (21.15, 17).

En el Nuevo Testamento se considera que la desobediencia a los padres es una señal de que, espiritualmente hablando, la persona ya se encuentra completamente lejos de Jesucristo. En la descripción que hace Pablo de la manera como la ira de Dios se revela contra la humanidad por su rebeldía en contra de Éste, él hizo una lista de algunos de los pecados que resultan de un corazón endurecido: «... estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, *desobedientes a los padres,...*» (Romanos 1.29–30; énfasis nuestro). En la descripción que hace Pablo, de los tiempos peligrosos que vendrían antes de la segunda venida de Cristo, él le dijo a Timoteo: «También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, *desobedientes a los padres,...*» (2ª Timoteo 3.1–2; énfasis nuestro).

Hace algunos años le hice una entrevista al Dr. Benjamin Spock para una estación de radio para la cual yo trabajaba. Me dijo que cuando estuvo en contra de disciplinar negativamente a los niños, él estaba equivocado. En su libro *Baby and Child Care (El cuidado de los recién nacidos y de los niños)*, él estuvo a favor de aplicar refuerzo positivo solamente —y totalmente en contra del castigo— cuando el niño fuera desobediente. Toda una generación de niños fue criada de esta manera. Aunque el Dr. Spock ahora repudia este punto de vista, los efectos de tan débil manera de criar a los niños, aún persisten.

El Dr. James Dobson ha escrito varios libros sobre la crianza de los hijos. En uno de sus primeros libros,

Atrévete a Disciplinar, Dobson relata la experiencia de la familia Holloway. Desesperado, el señor Holloway le hizo una visita al Dr. Dobson y le expuso sus inquietudes. A Becky, la hija adolescente, jamás se le había exigido que obedeciera ni respetara a sus padres, y sus primeros años fueron muy agitados para toda la familia. El señor Holloway había tenido la esperanza de que él y su esposa iban a poder manejar mejor a su hija conforme ella creciera. Esta hija despreciaba completamente a sus padres. Era hosca, irrespetuosa y egoísta. El señor y la señora Holloway estaban convencidos de que ellos no tenían derecho de hacerle exigencias a su hija, así que, cada vez que ésta les respondía con malacrianza, ellos sonreían cortésmente y fingían que no se daban cuenta. Cuando Becky llegó a la adolescencia, sus padres tenían ante sí una hija ingobernable. Cogía rabietas muy violentas. Creyeron que iban a poder comprar su cooperación, así que le instalaron un teléfono privado en su habitación. Ella lo recibió sin dar las gracias. El primer mes hizo que la cuenta telefónica casi llegara a los cien dólares. Los Holloway luego trataron de hacerla feliz con una fiesta. La señora Holloway trabajó arduamente para tener la casa lista, con adornos y un refrigerio preparado. Los adolescentes que entraron en tropel en aquella casa eran vulgares y profanos. Cuando rompieron algunos muebles, la señora Holloway hizo algunos comentarios que enojaron a Becky. El señor Holloway no se encontraba en casa; pero cuando regresó, encontró a su esposa sobre un charco de sangre en el baño. Becky la había derribado y la había dejado tendida en el piso sin que recibiera ayuda. ¡El señor Holloway encontró a su despreocupada hija en el patio de atrás departiendo con sus amigos!¹

¿Cuántos hijos conoce usted que habiéndolos dejado sus padres hacer lo que les diera la gana, han crecido para llegar a ser seres humanos responsables? Es probable que no muchos. Los que sí llegaron a serlo, fue tal vez porque tuvieron otros adultos que sí los supervisaron.

El obedecer y el honrar a los padres es una idea antigua. De hecho, la Biblia hace hincapié en el respeto a los adultos mayores en general: «Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano, y de tu Dios tendrás temor. Yo Jehová» (Levítico 19.32).

¿Por qué debemos obedecer a nuestros padres? Por las siguientes razones:

¹James Dobson, *Dare to Discipline (Atrévete a disciplinar)* (Wheaton, Ill.: Tyndale House, 1970), 14.

DIOS LO ORDENÓ

Si bien, de acuerdo con la antigua ley, un hijo rebelde debía ser ejecutado (21.15, 17), ahora vivimos en un tiempo cuando nuestro gobierno busca la manera de minar la legítima autoridad de los padres. En el estado de Missouri, por ejemplo, es contra la ley castigar corporalmente a un hijo adoptivo en casa. Si bien el maltrato de los hijos es una vergüenza nacional, el gobierno lo está usando como pretexto para entrometerse en la responsabilidad de los padres de disciplinar a sus hijos. Creo que es pecado maltratar a un hijo, pegarle por enojo solamente, golpearlo o castigarlo irracionalmente. ¿Es también pecado castigar corporalmente a un hijo por haber desobedecido deliberadamente? No lo es. Esto es lo que dice en Proverbios:

El que detiene el castigo, a su hijo aborrece;
Mas el que lo ama, desde temprano lo corrige
(13.24).

La vara y la corrección dan sabiduría;
Mas el muchacho consentido avergonzará a su madre (29.15).

Dios les ordena a los jóvenes hacer lo que sus padres dicen. Puede que no siempre les guste lo que les dicen que hagan, pero Dios dice que lo hagan.

CRISTO FUE UN HIJO OBEDIENTE

Imagínese que usted es el unigénito Hijo de Dios, que ha bajado de las glorias del cielo, donde había ayudado en la creación del universo, y ha renunciado a un trono de gloria para convertirse en el hijo de María y José. ¿Tendría usted una actitud de sumisión, o trataría de gobernar la casa? ¿Diría usted: «Soy grande y poderoso y puedo obrar milagros. Soy perfecto. ¿Para qué ser obediente?»? Cristo fue obediente como hijo: «Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón» (Lucas 2.51). Jesús estaba «sujeto» a Sus padres. En otras palabras, Él hizo todo lo que ellos le dijeron que hiciera.

Jesús también fue obediente a Su Padre celestial: «... y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2.8). Aunque Su padre le mandó a morir de modo tan horrible, Cristo le obedeció.

Considerando todo lo que Cristo hizo para ser un hijo obediente, ¿cómo debería un joven tratar a sus padres cuando éstos le dicen que asee su cuarto, que apague el televisor, que le baje el

volumen al estéreo, que estudie sus lecciones, que ayude en la casa o que asista al culto?

FORTALECE EL CARÁCTER

Fue una hermosa actitud la que José hijo de Jacob mostró cuando su padre le pidió que fuera a ver cómo estaban sus hermanos mayores que apacentaban las ovejas. Se trataba de un viaje de 64 km a través de terreno desértico; sin embargo, cuando se le pidió que fuera, José respondió: «Heme aquí» (Génesis 37.13).

Las madres y los padres le tienen un inmenso respeto a los hijos que obedecen de modo incuestionable a sus progenitores. Un hijo que hace lo que se le dice es apreciado y admirado por los adultos.

ENSEÑA A SER HUMILDES

Un hijo obediente aprende temprano en la vida que él no siempre se saldrá con la suya. Un hijo que siempre se sale con la suya cuando trata con sus padres, llega a envanecerse y se vuelve arrogante. Cuando sea adulto le será difícil hacer amigos y llevarse bien con los demás. Tendrá problemas para trabajar bajo la autoridad de un jefe, pues jamás se ejercitó en la obediencia.

La humildad es una cualidad que les ayudará en gran medida a los hijos a llevarse bien con los demás y con su Señor. También es un mandamiento de Dios que estimemos correctamente nuestra propia importancia (Romanos 12.3). La obediencia a los padres puede ayudarles a los jóvenes a darse cuenta de la firmeza de su posición y de la importancia que tienen.

Cada vez que mi padre y yo entrábamos en disputa por la autoridad cuando me criaban, la discusión terminaba cuando él decía: «Mientras sigas poniendo tus pies debajo de mi mesa, comiendo mis alimentos, y viviendo en la casa que yo proveo, tú harás lo que yo digo». Por más que me enojaran, tales palabras me servían para darme cuenta de que yo no era tan importante como creía. Yo era, en efecto, un huésped, uno que comía el alimento de otro y que dormía en una cama que me había sido proporcionada por mi padre y por mi madre.

Los jóvenes tienen energía, entusiasmo e ideales; pero carecen de experiencia. Deben aprender a obedecer a los que sí tienen experiencia.

ENSEÑA A RESPETAR LA AUTORIDAD

Según el plan de Dios, Él es la cabeza de todo hombre, y el hombre es la cabeza de su familia. Los hijos que aprenden este principio tienen cierta ventaja sobre los hijos que se les permite hacer lo

que les da la gana.

Padres, si nosotros no hacemos que nuestros hijos nos obedezcan, los estaremos enviando sin preparación a un mundo que todavía venera la obediencia, la humildad y el respeto a la autoridad.

Leí acerca de un pequeño que en su casa era el que en realidad gobernaba. A éste le encantaba quedarse jugando después del culto de adoración. Cuando sus padres estaban listos para volver a casa, ellos le preguntaban al pequeño jefe que si ya podían irse. La mayoría de las veces decía: «¡No!». Se quedaban un rato más y luego se lo volvían a preguntar. Esto sucedía cada día del Señor. Sus padres justificaban la rebeldía de este joven chico diciendo: «Bueno, ¡sencillamente no ha terminado de jugar todavía!».

Hace poco, oí de una cristiana que era amable y cooperadora, pero tenía problemas con sus hijos. Ella creía que era malo disciplinar a sus hijos. Creía que el amor y la consideración eran suficientes. Hoy día esta mujer tiene dos hijos varones que le han destrozado su corazón. Los dos son infieles al Señor. Uno cometió adulterio y se volvió a casar ilícitamente. El otro está cumpliendo cadena perpetua como interno de una cárcel. Había fallado su método de disciplina en casa con sus hijos.

CONCLUSIÓN

Padres, hagan sentir su autoridad como cabezas de hogar. No se les debe permitir a los hijos que sean ellos los que gobiernen. No ejerza la autoridad porque desea ser el jefe, sino porque desea hijos que respetarán la autoridad y llevarán vidas productivas. Esto es lo que se les dice a los padres: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Proverbios 22.6).

Los jóvenes que desean aprender acerca de la vida y acerca de cómo conducirse en este mundo, deberían aprender la obediencia y el respeto a sus padres en el hogar.

He leído que los hijos forman su concepto de Dios de lo que ellos ven en sus padres. Si un padre es flojo para hacer cumplir reglas, los hijos crecerán creyendo que Dios no castigará la maldad. Creen que a Él no le importa si ellos pecan, pues a sus padres terrenales no les importó lo que hicieron. No obstante, Dios pondrá el pecado en su lugar:

No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (Juan 5.28-29). ■